

De este modo, el mundo, arrancado al espíritu de las tinieblas, debía revestirse de un carácter de santidad, á fin de poder elevarse á la dignidad sublime de reino de Dios. Pero para que llegase á esta dignidad, era necesario que la voluntad de Dios se hiciese sobre la tierra como se cumple en los cielos, segun la admirable oracion enseñada por Jesucristo á sus apóstoles; y por lo que ellos recibieron de su parte el cuarto y último mandamiento, de *enseñar á las naciones á observar todas las cosas que Él habia prescrito*. La fidelidad de los apóstoles en obedecer la palabra de su Maestro no se desmintió en un solo punto; ellos llenaron su mision en todas sus partes. Asistidos por el Espíritu Santo, que les habia sido prometido, vinieron á ser por todas partes los predicadores y los intérpretes infalibles de los preceptos del Evangelio. Por medio de ellos, la Iglesia no cesó de proponer á los pueblos el perfecto ideal de la civilizacion moral que formularon con tanta claridad y precision en sus epístolas, y que permanecerá siempre como una base eterna sobre la cual deben asentarse las instituciones humanas, si aspiran á ser duraderas.

Conforme á la enseñanza apostólica, magnífica esposicion del Evangelio, los hombres todos no forman sino una gran familia, cuyo Padre es Dios; todos vienen á ser hermanos, iguales, solidarios; y por lo mismo, cuando uno de los miembros de esta familia sufre, todos deben sufrir con él; no hay ya judíos ni gentiles, ni griegos ni bárbaros, ni libres ni esclavos, ni hombres ni mujeres; todos son unos mismos en Jesucristo.<sup>1</sup> Hemos sido rescatados á demasiado precio para venir á ser esclavos de los hombres; estamos, pues, llamados á un estado de libertad; pero si somos libres no es para servirnos de nuestra libertad como de un velo que cubra nuestras malas acciones, sino para obrar en todo como servidores de Dios. Debe haber, pues, entre todos los hombres una perfecta union, una bondad compasiva, una amistad fraternal,

1 San Pablo, *Epíst. á los Colos.*, cap. 3.

una caridad indulgente, acompañada de dulzura y de humildad.<sup>1</sup>

De estos principios, nacen los derechos y al mismo tiempo los deberes sociales, que en la legislacion cristiana se garantizan y se compensan mutuamente. Ningun hombre tiene por naturaleza el derecho de mandar á los demas hombres; pero como la autoridad es indispensable para mantener el orden y la unidad entre las libertades individuales, el poder tomará un carácter sagrado, vendrá á ser una delegacion del cielo. Aquel que sea elegido gefe por las vías legítimas, ó cuyo poder le sea transmitido en virtud de las leyes que forman las instituciones de los pueblos, ejercerá la autoridad en nombre de Dios. Así, él tendrá presente de continuo, que no es digno del poder sino haciendo uso de él segun la justicia y para el bien de sus subordinados, en tanto que, la obediencia de estos, se ennoblecerá y se afirmará, elevándose á la altura de un deber religioso. Los cristianos estarán, pues, sometidos, *por el amor de Dios* á los poderes establecidos por Él mismo, es decir, legítimamente, ya sean reyes ó gobernadores, como á personas enviadas de su parte para castigar á los que hacen el mal y tratar favorablemente á los que hacen el bien.<sup>2</sup>

Tal era la ley de subordinacion que debia aplicarse á todos los grados y á todos los géneros de autoridad. Las mujeres estarian sometidas á sus maridos *como al Señor*, y los maridos amarian á sus mujeres *como Jesucristo ha amado á la Iglesia*, hasta entregarse él mismo por ella. A los esposos se les ha mandado *de parte del Señor* no separarse, y en el caso de hacerlo no contraer nuevos vínculos. Los hijos deben obedecer á sus padres y á sus madres *porque esto es agradable á Dios*, y los padres deben guardarse de irritar á sus hijos por temor de que caigan en el abatimiento; y cuidarán de educarlos, corrigiéndolos é instruyéndolos *segun el Señor*. Que los cria-

1 San Pablo, 1ª *Epíst.* á los Corint., cap. 7; á los Gálat., cap. 5, y 1ª *Epíst.* de San Pedro, capítulos 2 y 3.

2 1ª *Epíst.* de San Pedro, cap. 2.

dos con temor y respeto, en la sencillez de sus corazones, obedezcan á sus amos *como á Jesucristo mismo*, que les sirvan con afecto *mirando en ellos al Señor* y no á los hombres. Los amos por su parte, deben tener el mismo afecto por sus criados, no tratándolos con rigor ni con amenazas, teniendo presente que los unos y los otros tienen un amo comun en el cielo que no mira la condicion de las personas.<sup>1</sup>

Bajo la nueva ley, ley de libertad, figurada no por la esclava Agar, sino por Sara la mujer libre, la esclavitud queda abolida de derecho por la igualdad de las condiciones ante Dios: la especie humana recobra toda su dignidad y cualquiera que abrace el servicio de Jesucristo queda al punto manumitido. Sin embargo, las instituciones consagradas en cierto modo por el tiempo, no serán destruidas violentamente: el esclavo no se sublevará contra su amo; la emancipacion, establecida como principio, no se efectuará sino gradualmente en el terreno de los hechos, á fin de que una libertad súbitamente improvisada no se cambie en una plaga para los hombres muy poco preparados aún á recibir este beneficio. El que esté llamado á la fé, siendo esclavo, no debe llevar con pena su situacion de que podrá salir algun dia, él debe tributar toda suerte de honores á su señor, para no escitar blasfemias contra el nombre y la doctrina de Jesucristo.<sup>2</sup>

Pero hay un yugo del que la humanidad debe libertarse sin ningun retardo ni miramiento; el de las pasiones y de los intereses mundanos. Necesario es despojarse del hombre viejo y revestirse del hombre nuevo, creado á la semejanza de Dios y en un estado perfecto de justicia y de santidad. Que cada uno renuncie la mentira y hable á su prójimo segun la verdad; que la aspereza, la ira, la cólera, la maledicencia y la malicia queden desterradas absolutamente de entre los cristianos; que ellos se muestren llenos de bondad y de compasion los unos respecto de los otros, perdonándose mutua-

<sup>1</sup> San Pablo, Efes., cap. 5; 1<sup>a</sup> Corint., cap. 7; Efes., cap. 6.

<sup>2</sup> Idem, Gálat., cap. 4; 1<sup>a</sup> Corint., cap. 7; 1<sup>a</sup> Timot., cap. 6.

mente como Dios mismo nos ha perdonado á todos en Jesucristo. Si les sobrevienen algunas dificultades con sus hermanos sobre los negocios de este mundo, que no teman sufrir alguna pérdida para evitar un pleito; y cuando no puedan defenderse, que tomen por jueces aun á los de última clase en la Iglesia, mas bien que ir á poner de manifiesto sus diferencias en los tribunales de los infieles y pedirles una sentencia. Es necesario que sean los imitadores de Dios como sus hijos muy queridos: entre ellos no debe ni oirse hablar de ninguna impureza ni de avaricia, cual conviene entre gentes de bien; no se debe ver ni locura, ni chocarrería ni nada que sea deshonesto; porque ningun impúdico, ningun avaro, cuyo vicio es una idolatría, será heredero del reino de Jesucristo. Se ha mandado á los ricos deponer todo orgullo, y dar de buena voluntad á los necesitados; á los pobres contentarse con tener con que vestirse y alimentarse. El deseo de las riquezas es la raiz de todos los males; y la piedad es el tesoro mas precioso. En una palabra, es necesario practicar toda especie de bien, abstenerse de todo lo que pueda tener aun la apariencia del mal, y purificar uno su alma incesantemente por medio de la penitencia.<sup>1</sup>

Por estas santas reglas es por las que la Iglesia se ha regido constantemente. En su seno ha hecho reinar la igualdad fraternal mas perfecta; y ha reivindicado para todos la libre práctica de las buenas obras. Sus oraciones, instrucciones y sacramentos son el patrimonio del pobre como del rico, del humilde como del poderoso: de todos exige igual obediencia, cualquiera que sean la categoría y las dignidades. En el órden moral ha colocado su autoridad sobre toda otra autoridad; sobre la autoridad de la ciencia, como sobre la autoridad del cetro. Si el sabio en su orgullo se rebela contra ella le herirá con sus anatemas y le arrojará con sus teorías al abismo disolvente de la duda; si alguna testa coronada altiva y rebelde protesta contra la supremacía de su poder y

<sup>1</sup> San Pablo, Efes., cap. 4; 1<sup>a</sup> Corint., cap. 6; 1<sup>a</sup> Timot., cap. 6.

combate sus prescripciones, ella sostendrá sus derechos con una noble firmeza, y prevendrá á sus hijos morir antes que obedecer unas leyes contrarias á las suyas. Los perseguidores se estrellarán contra la virtud de los mártires, y no faltarán pontífices animados de un valor heroico que echen en cara á los gefes de los pueblos sus injusticias y sus crímenes para hacerlos volver al camino de sus deberes, é invocar sobre ellos, si es necesario, los castigos espirituales. Pero si la ciencia permanece fiel, la Iglesia la colmará de favores y de bendiciones; si el poder temporal consiente en gobernar segun la ley de Dios, encontrará en ella un auxiliar celoso, siempre dispuesto á prestarle el concurso de sus consejos, de sus trabajos y de su influencia.

La Iglesia comprendió que su mision especial era la regeneracion de la humanidad, y nada fué capaz de apartarla de este objeto sublime y glorioso. Desde su origen, se la vió emplear todos sus esfuerzos en crear en medio de la sociedad pagana una sociedad nueva que debia ser el núcleo y el modelo de las sociedades futuras. Ella puso en práctica desde luego, en este rebaño naciente los principios que debian presidir á la gran reforma del mundo. Atacaba y destruia los usos antiguos que procedian de un origen impuro, ó los trasformaba, si era posible, dándole una significacion irreprochable. Atenta á arreglar la conducta de los que se sometian á su direccion, les inspiraba un espíritu de gravedad, de modestia, de caridad y de union, que hacian un vivo contraste con el espíritu frívolo, licencioso y egoista de esos mismos paganos que les habian echado en cara haberse ligado entre sí con juramentos terribles en una conjuracion contra el género humano. Ella habia adoptado para esta nueva sociedad una organizacion particular de usos y leyes penales. Los que deseaban pertenecer á ella tenian que someterse á largas y difíciles pruebas. Se exigia de estos adeptos una vida pura y una voluntad firmemente decidida á perseverar en el bien. Si, olvidando sus promesas y empeños caian en algunas faltas,

era preciso consintiesen en lavarse en el baño de una rigurosa penitencia; de otro modo quedaban escludidos de una comunión, á la cual no eran ya dignos de pertenecer. Para preservarlos del contacto peligroso de la antigua sociedad, sus obispos promovian ante ellos aun los negocios civiles que habian de tratar juntos. Obrando de este modo, conforme al precepto del Apóstol, además de que alejaban de sus feligreses la ocasion de escándalo, les evitaban con sus decisiones paternales, basadas sobre la equidad, los embarazos y los demas inconvenientes de un derecho, las mas veces lógicamente absurdo. Bajo este respecto, como bajo otros muchos, la sociedad cristiana íntima, ejercia una gran influencia sobre las sociedades exteriores, y los mismos infieles recurrían frecuentemente al arbitraje de sus gefes, que preferian á las sentencias de los jueces ordinarios. No podia menos de ser así; porque la sociedad cristiana les ofrecia un espectáculo capaz de causarles una viva impresion. Los que se hacian cristianos, se transformaban repentinamente en otros hombres; y apenas salidos de la corrupcion de la vida pagana, presentaban el ejemplo de las mas altas virtudes. Lo mismo que los dioses de la Fábula, los cristianos nacia gigantes, y desde su cuna tenian la fuerza de ahogar á los monstruos.

Mas tarde, cuando fué necesario dividir en naciones esta mezcla confusa de bárbaros, traídos por las olas de las invasiones sucesivas, la Iglesia, robustecida por el desarrollo de su constitucion, manifestó en toda su actividad y superioridad, su celo y su genio civilizador. Colocada en el centro de la Europa, teniendo en la mano el cetro de la inteligencia y de la verdad, ella se cernió, personificada en el papado, sobre el caos del mundo moral, como el espíritu de Dios se habia cernido sobre el caos del mundo físico, y trabajó con ardor en desembrollarlo y hacer brotar de él una nueva creacion. Favoreciendo la formacion de los imperios y aun obrándola ella misma, consolidó las soberanías vacilantes, veló en el sostenimiento del orden, presidió á la redaccion de las leyes y al establecimien-

to de las instituciones; reprimió las malas tendencias del poder, le guió por medio de saludables consejos, protegió los derechos de los pueblos é hizo escuchar las quejas de los oprimidos. Por donde quiera se la encuentra presidiendo á la obra de la reforma, dirigiéndola por medio de sus vicarios, de sus misioneros y por los concilios numerosos que convoca.

En derredor del pontificado se coloca el episcopado; émulo de su adhesión y de sus virtudes, y fiel al impulso que de aquel recibe. A los obispos se confiere el cuidado de dulcificar las costumbres de los bárbaros, de calmar á los pueblos, de defender su rebaño en las guerras, de alimentarlo en la hambre, de salvarlo de las demás plagas, y de trabajar sin descanso en procurarle los beneficios del orden y de la paz. ¿Quién ignora los servicios que prestaron en aquellos tiempos á la Francia, los San Arnoldo, los San Eloi, los San Ouen y los demás prelados que tomaron parte en los negocios públicos? Así fué que ellos se vieron rodeados de una consideración y de una deferencia universal. Sus nombres están escritos al frente de todos los diplomas; se presentan en todas las asambleas, se sientan en el palacio como asesores y legisladores al lado de los reyes, quienes someten á su juicio todas sus diferencias. Se les confía la administración temporal lo mismo que la administración espiritual de las diócesis; ellos presiden la justicia, sobrevigilan á los magistrados, hermocean las ciudades, y preparan medidas de seguridad y medios de defensa. "Al obispo, dice Pitra, se le encuentra por donde quiera que hay un peligro, una buena obra, un acto de heroísmo ó un servicio que hacer por Dios y por el bien de las almas. Él es apóstol, defensor de la ciudad, consejero, refrendario, canciller, gobernador de provincia; él es tesorero, juez de romanos, de francos y aun de los hombres de armas y de los gefes militares; maestro de los jóvenes *leudes* y de los oficiales del palacio, preceptor de príncipes."<sup>1</sup> Y sin embargo, en medio de esta actividad inmensa, encuentra todavía bas-

<sup>1</sup> *Hist. de San Leger*. Introd., pág. 45.

tante calma para estudiar las ciencias, cultivar las artes, enseñar, escribir sobre mil asuntos diversos y deliberar en los concilios sobre las cuestiones capitales de la vida religiosa y civil.

Todos estos esfuerzos, ayudados por la cooperación de las órdenes monásticas, contribuyeron en la mayor parte á hacer salir á las naciones modernas de la barbarie y á constituir las, segun la confesión de Gibbon, como las abejas construyendo la colmena. El Occidente gravita en torno de la Iglesia como en torno de su principio motor; los reyes reclaman sus decisiones y su apoyo; los pueblos le ofrecen tributos como muestra de homenaje y de reconocimiento. Ellos sentían instintivamente que solo la Iglesia por la fuerza moral de que disponía, era capaz de abrirles las sendas del porvenir, domando y arreglando la fuerza material que reinaba entonces.

Para civilizar á estos pueblos informes; para arrojar las tinieblas y hacer penetrar en ellos la luz; para que fuese permitido á la agricultura, al comercio, á la industria, á las artes, á las ciencias, á la civilización, en fin, desarrollarse en ellos, era necesario que á la agitación, á las inquietudes, á los trastornos de las guerras, inherentes á un estado de crisis social, sucediesen la calma, el orden, la seguridad de la paz. La Iglesia habló á estos bárbaros orgullosos que, como Aquiles, no reconocían otro derecho que el de su espada, y su voz fué oída. A unos les hizo observar la *tregua de Dios*, á otros les impuso el juramento de no consagrar sus armas sino á la defensa de los débiles y de los oprimidos; á todos les ordenó olvidar sus querellas particulares para reunirse contra el enemigo comun de la cristiandad, sobre el cual tenía siempre puesta la vista. Ella las levantó en masas innumerables, y animándolas á libertar el Sepulcro de Cristo, las precipitó hasta el corazón del mahometismo salvando por esta invasión á la Europa de la esclavitud de una barbarie mas incurable.

En tanto que este temible fermento, arrojado al exterior, protegía el interior al mismo tiempo que le desembarazaba